

“Conferencia sobre el Futuro de Europa”. Visión desde el Parlamento Europeo

María Andrés Marín

Directora de la Oficina del Parlamento Europeo en España

En mi intervención me referiré a aquellos elementos de la Conferencia que se corresponden más específicamente con la labor del Parlamento Europeo, la institución a la que aquí represento. Con ello, por cierto, me gustaría abrir un debate con los jóvenes, porque ese es el verdadero objetivo de esta Conferencia. Lo que queremos es cederles la palabra y escucharlos.

Pero planteemos ya la cuestión. En primer lugar, es importante considerar de dónde venimos, porque la situación de partida es compleja. Durante lo que llevamos de siglo XXI, hemos vivido inmersos en un proceso de globalización que, en repetidas ocasiones, ha convertido en mundiales los retos, peligros y vulnerabilidades que surgían en uno o varios países. Pienso, sobre todo, en la crisis económica y financiera de 2008, que tuvo sobre la Unión Europea un gran impacto, y también en la crisis migratoria de 2015 y en la decisión de Reino Unido de salir de la Unión, algo que, desde un punto de vista emocional, fue un golpe muy duro para las instituciones europeas. Del mismo modo, el triunfo en las elecciones de Estados Unidos de 2016 de Donald Trump y su *America First* pusieron en cuestión el multilateralismo y la relación de confianza mutua de Europa y EE.UU. en el liderazgo de las relaciones internacionales.

Todas estas crisis llevaron al anterior presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, a hablar, en un pleno en el Parlamento, de la gran *policrisis*, término que permitía explicar el contexto en el que la UE encaraba las elecciones de 2019, que resultaron en el nombramiento de un nuevo presidente de la Comisión, en este caso presidenta, Ursula von der Leyen. Un nuevo equipo ejecutivo se lanzaba a abordar todas estas prioridades en la nueva legislatura, esbozando el programa para una Europa más verde, más digital y más social. Sin embargo, apenas

unos meses después llegó el coronavirus, o la madre de todas las crisis. Entrábamos en un fase todavía más compleja que llevó a algunos a incluso augurar que podría suponer el fin de la UE.

Sin embargo, la UE no ha salido derrotada de la crisis del coronavirus, la mayor situación de vulnerabilidad vivida en nuestro continente desde la Segunda Guerra Mundial: al contrario, Europa ha salido más reforzada y más resiliente. Se ha destacado mucho, y con razón, la velocidad y contundencia con las que en esta ocasión las instituciones de la UE tomaron decisiones en caliente para atajar los problemas sanitarios, económicos y sociales que derivaban de la pandemia. El fortalecimiento de la toma de decisiones comunitaria ha sido notorio en varios ámbitos.

El primero de ellos es la protección de la salud. La representante de la Comisión Europea hablaba de los avances “en la Europa que protege”, y a mí me gustaría subrayar que en el ámbito sanitario, además, las instituciones tuvimos que actuar sin tener apenas competencias formales para ello. A finales de este verano alcanzaremos el 70% de la población adulta con la pauta completa, y ya hemos superado el ritmo de vacunación de EE.UU., que al comienzo del proceso iba más rápido seguramente porque no tuvo la necesidad de coordinarse con otros 26 gobiernos nacionales. En este momento, además, hemos alcanzado el mismo número de dosis vacunadas en Europa que las que exportamos a terceros países.

Estamos siendo solidarios hacia fuera, pero también hacia dentro, como demuestra el paquete de recuperación, uno de los más ambiciosos que ha lanzado la UE para poder financiar la salida de una crisis. Si comparamos lo que ha ocurrido en los últimos meses con la respuesta a la crisis financiera de 2008, cuando nos costó mucho empezar a tomar decisiones de rescate, vemos que, claramente, esta vez se ha actuado con una afilada visión política y estratégica de Europa.

La mejor prueba es ver que si antes de esta crisis la presidenta Von der Leyen hablaba de una Europa más verde, más digital y más social como prioridades absolutas, junto con la necesidad de desempeñar un papel más fuerte en el mundo, ahora estamos lanzando todo un plan para superar la pandemia precisamente con un ingente fondo de recuperación vinculado a esos tres mismos objetivos. Me refiero a que no se trata de un paquete financiero de barra libre para cada Estado miembro para usarlo en lo que quiera, sino que cada euro ejecutado deberá vincularse a los objetivos verde, digital y social. Por eso insisto tanto: a diferencia de crisis anteriores, como la financiera del 2008, en esta ocasión estamos saliendo con una visión política estratégica y reforzada.

Y, sin embargo, la gestión de la pandemia no ha acabado. Su extraordinario impacto en la vida diaria de los ciudadanos hace que en el horizonte aún se vislumbre una niebla que ensombrece la dirección y el futuro que deberá tomar la UE. Sí, es cierto que hay muchas voces que alertan de que estamos precisamente viviendo el momento más vulnerable, con una mayor pulsión nacionalista en varios Estados miembros, reacios a ceder más competencias, que no podemos obviar. Esas voces

discordantes llevan tiempo haciéndose oír, pero precisamente por eso el Parlamento Europeo se ha tomado tan en serio el proceso de escucha social durante la “Conferencia sobre el Futuro de Europa”. Una mayoría de grupos la respalda en la Euocámara y, si bien es verdad que formaciones de extrema derecha o eurófobos escribieron una carta en contra de la Conferencia, la determinación de abrir un proceso real y duradero de escucha ciudadana es mayoritaria en los escaños del Parlamento Europeo.

Esto me permite hablar de las expectativas del proceso, algo a lo que desde el Parlamento Europeo otorgamos una gran relevancia. Existía, y debemos reconocerlo, cierto recelo a abrir un debate con ciudadanos no expertos que pudiera desembocar en unas conclusiones poco sólidas. No queríamos –y no queremos– que esto termine con la emisión de un informe que sirva meramente para tomar la temperatura de la ciudadanía y seguir después con nuestro *business as usual*. Esa tentación nos parece muy peligrosa: no podemos traicionar las expectativas que estamos creando con la Conferencia. Y sí, cuando el proceso termine tenemos absolutamente que encontrar la manera de satisfacer una demanda ciudadana a favor de una UE más ágil, mejor adecuada a los retos y velocidad del siglo XXI. No podremos resolver nuestros problemas de hoy con una estructura, funciones y poderes definidos en el siglo XX.

De esa apuesta mayoritaria –la de tomarse la Conferencia en serio y aprovechar sus conclusiones para proponer reformas de calado– parte este gran debate. Es la primera vez que se da la voz de forma abierta y transparente a tantos ciudadanos, que intervienen además al mismo nivel que los eurodiputados en los escaños del hemiciclo. La plataforma donde registrar las propuestas es además diferente a las empleadas en otros procesos, y los tiempos y plazos de las aportaciones también han sido un elemento que debatir.

Todo ello, junto con las restricciones lógicas derivadas de la gestión de la pandemia, nos llevó a ralentizar el inicio del proceso hasta acordar una arquitectura que, como todo en la UE, se ha basado en un difícil consenso. Son conocidos los desacuerdos iniciales que se dieron sobre quién debía liderar el proceso, porque los planteamientos eran diferentes; también es sabido que el Consejo Europeo no tenía excesivo apetito por lanzar una Conferencia ambiciosa, en especial ante la posibilidad de que las conclusiones acabaran por abrir la puerta a una reforma de los tratados. El Parlamento, por el contrario, ha abogado desde el principio por lograr que de la Conferencia salga después un mecanismo de reformas con vocación de permanencia.

Seamos sinceros: hoy por hoy no existe el consenso ni la ambición política en el seno del Consejo para lanzar una Convención que analice la posible reforma de los tratados, y menos antes de las próximas elecciones europeas (junio de 2024). Pero desde el Parlamento Europeo insistimos en que tampoco es necesaria su reforma formal para poder avanzar en la modernización de la UE con cambios de calado

—entre otros, el pasar de unanimidad a mayoría cualificada en las decisiones del Consejo y evitar el bloqueo y la parálisis tan frecuentes en esta institución—. Es pronto para avanzar conclusiones. De momento, el objetivo fundamental de la Eurocámara será no quedarnos a medias y convertir la “Conferencia sobre el Futuro de Europa” en un verdadero elemento de escucha, reflexión y participación ciudadana.

Para paliar el retraso inicial en el lanzamiento de la Conferencia, el Parlamento Europeo exigió, en una resolución aprobada en noviembre de 2021, que incluso si el proceso de la Conferencia se prolonga más allá de la primavera de 2022, deberíamos contar ya entonces con unas primeras conclusiones con las que trabajar para abordar reformas concretas antes del fin de esta legislatura. Les doy un ejemplo: si una mayoría de ciudadanos reclama durante la Conferencia que la UE debe obtener mayores competencias en el ámbito de la salud para coordinar mejor la respuesta a futuras pandemias —cito esta posibilidad porque es algo que ya ha surgido como reclamo en diferentes Eurobarómetros—, dispongamos de tiempo suficiente para reforzar la política sanitaria de la UE antes de las elecciones.

Formato de la Conferencia

¿Cómo se está articulando la participación ciudadana? El formato es creativo y complejo. La herramienta principal de la Comisión Europea ha sido el lanzamiento de una plataforma digital multilingüe, a través de la que cualquier ciudadano o asociación puede introducir sus opiniones sobre el futuro de la UE. El único requisito obligatorio para cualquiera que desee participar es el consentimiento previo a una carta en la que uno se compromete con su intervención a respetar los valores y los derechos fundamentales, a no fomentar el odio y a no compartir contenidos ilegales.

Además, y en paralelo a esas contribuciones en la plataforma, que esperamos sean numerosas, se ha establecido una segunda vía de participación: los llamados paneles ciudadanos. Se trata del establecimiento de cuatro espacios de debate, articulados en torno a una lista de temas, en los que participarán 200 ciudadanos elegidos al azar entre los 27 Estados miembros.

La aleatoriedad en la elección de los integrantes de los paneles ha recibido algunas críticas de asociaciones europeístas organizadas que hubieran preferido ser las representantes exclusivas de la “voz ciudadana”. Hemos dado siempre la misma respuesta: nuestro deseo es salir de la burbuja que conforman organizaciones y entidades que ya están al tanto de la UE: queremos salir a buscar a ciudadanos de a pie que no tengan necesariamente una opinión formada sobre el funcionamiento de Europa. Por eso la selección de participantes se ha llevado a cabo siguiendo únicamente unos criterios para garantizar la variedad de origen geográfico, sexo, edad, contexto socioeconómico y nivel de educación. Además se ha establecido

que un tercio de los integrantes de los paneles deberá tener entre 18 y 25 años, para asegurar dar voz a los más jóvenes.

Las conclusiones que obtengan tanto los participantes en la plataforma online como en los paneles serán la base de las propuestas que vamos a debatir en los plenos de la “Conferencia sobre el Futuro de Europa”, que se celebrarán en el seno del Parlamento Europeo. En dichos plenos participarán un total de 433 representantes, que procederán tanto de instituciones europeas –la propia Eurocámara, los parlamentos nacionales, la Comisión Europea y el Consejo Europeo– como de los diferentes paneles ciudadanos –80 representantes– y de la sociedad civil organizada (aquí sí tendrán cabida las ONG y asociaciones enfocadas en política europea).

Este formato no está exento de riesgos. El más obvio es el que resulta de sentar en un mismo pleno a quienes han sido elegidos democráticamente junto a personas que no han sido elegidas en ningún proceso electoral. Nos parecía, en cualquier caso, que plantear el ejercicio de debate de este modo era necesario, así como trasladar sus conclusiones al Consejo Ejecutivo de la Conferencia –compuesto por representantes del Parlamento Europeo, el Consejo Europeo y la Comisión Europea–. Finalmente, serán los representantes de Presidencia Conjunta –los presidentes de estas tres instituciones de la UE– los encargados de elaborar los pasos a seguir, garantizando dar un seguimiento concreto a sus conclusiones.

Los ciudadanos, ya lo he mencionado, desean también que este proceso llegue hasta el final. Basta con echar un ojo a los últimos Eurobarómetros, donde el 92% de los encuestados afirmaba que quería que su voz fuera tenida más en cuenta en la UE –y hablamos de una encuesta realizada a más de 27.000 personas anónimas en toda Europa–. Además, tres de cada cuatro ciudadanos consideraban que la Conferencia podría tener un efecto positivo en la dinamización de la UE.

Preguntados por el mayor valor añadido de la UE, los europeos citan la defensa de la democracia, los derechos humanos y el Estado de derecho en primer lugar (32%), seguido de su potencia económica y comercial. Asimismo, los mayores retos percibidos hoy son, por este orden, la lucha contra el cambio climático (45%), la lucha contra el terrorismo (38%), la protección de la salud (37%) y las migraciones (27%). Una serie de prioridades que, en efecto, coinciden con las temáticas elegidas para los diferentes paneles: (I) Democracia, valores, derecho; (II) Cambio climático y salud; (III) Economía, transformación digital y cultura; y (IV) Papel de la UE en el mundo y migraciones.

Aunque los jóvenes no son los únicos que participan en la Conferencia, me gustaría, antes de terminar, dirigirme especialmente a ellos. Quiero recordarles que en estos cuatro bloques cabe casi cualquier aspiración que ellos tengan acerca de cómo debería ser la Europa del futuro. Por eso les animo a que se impliquen, a que planteen sus propuestas en la plataforma online, a que se atrevan a imaginar soluciones creativas. Ellos deben ser una parte sustancial de este proceso de reflexión. La Conferencia no se entendería sin su participación.

Os doy algunos ejemplos que hemos recogido en actividades y debates anteriores. Varias asociaciones con las que habitualmente trabajamos nos trasladan de manera recurrente la necesidad de lograr que el Consejo de la UE tome sus decisiones por mayoría cualificada en lugar de por unanimidad, para evitar bloqueos en temas sensibles; que se lancen las bases para una verdadera Política Europea de la Salud –con una estrategia compartida en la detección y respuesta a futuras pandemias–; o celebrar el estilo de vida europeo nombrando el 9 de mayo, Día de Europa, como día festivo en el calendario de los 27 países de la UE. También, por qué no, he oído propuestas para avanzar en la nacionalidad digital europea, algo que Estonia ya ha implementado, y que nos permitiría tener agrupados todos los carnés, desde el de conducir hasta el de salud, y movernos por el continente como verdaderos europeos.

Para acabar, os lanzo también una idea personal que yo he lanzado ya en diferentes foros: la creación de un *Erasmus para alcaldes*. Me refiero a un programa específico en el ámbito de la administración local, donde alcaldes –o sus equipos de gobierno– con una problemática concreta puedan desplazarse unos días a otras ciudades donde aprender diferentes soluciones dadas a problemas locales compartidos (reto climático, gestión de residuos, administración digital, integración de colectivos vulnerables, etc.). Imaginen hasta qué punto este tipo de experiencias entre nuestros gobernantes podría contribuir también a generar ciudadanía europea.

Lo dejo aquí como una idea más. Habrá, con seguridad, muchas otras propuestas que irán surgiendo en la Conferencia y que yo personalmente seguiré con enorme interés. Ojalá dentro de unos años podamos organizar otro seminario de verano en Yuste para analizar la lista de reformas y medidas concretas que se han convertido en realidad tras el germen de esta “Conferencia sobre el Futuro de Europa”. ■

